

## VOLAR ES MI SUEÑO

Vivía libre en la montaña como parte de una bandada que buscaba alimentarse en su periplo por nuestra Patagonia, hasta aquel día donde la supuesta curiosidad por unos granos de trigo y migajas de pan depositados debajo de una caja, nos hicieron descender para consumir este manjar. (La curiosidad mató al gato según pude deducir en una conversación de fogones, cuando asaban papas bajo las cenizas con la ayuda de unos carbones encendidos)

La jaula que nos esperaba era un cajón de madera, donde un canto estaba en tierra y el otro extremo levantado, que se mantenía en esa posición con el apoyo de un palo, ubicado en el canto de una tabla que inmovilizaba la trampa en su posición abierta. Escondidos detrás de árboles o utilizando algún camuflaje, unos mozuelos esperaban el momento oportuno para tirar del cordel cuando los loros estuviesen reunidos al interior de la caja, luego estos jóvenes introducían sus manotas para apresarnos según sus lúgubres intenciones.

Un día fui seleccionado como trofeo, luego de una revisión exhaustiva por parte de los niños y un adulto llamado Demetrio, quién sacó entre sus cachureos una moneda de plata, con la cual nos raspaba la lengua para que los cautivos repitiéramos ciertos monosílabos como - "hola" - y otros vocablos similares en primera instancia, lamentablemente fui el único que repitió en forma perceptible esta famosa palabra mágica, obteniendo como premio comida y agua. Lo que se vino a continuación fue más deprimente aún, el corte de mis alas que me

impidieron escapar para siempre, por lo menos vía aérea. (En boca cerrada no entran moscas escuché un día... ¿pero porque tenía que hablaaaaar?).

Fui adoptado como uno más de la familia, donde oficialmente el menor de los hombres de casa que llamaban Tito, pasó a ser mi amo durante todo el día, recibiendo como bautizo el nombre de “Lorenzo”, yo viajaba sobre sus hombros a cada lugar donde se trasladaba y por las noches me entregaba a Don Demetrio quién me resguardaba en una jaula, la cual cubría con un manto cuando apagaba su vela. (Ojos que no ven, corazón que no siente... así fui aprendiendo de los humanos)

Mi amanecer era muy temprano, puesto que me llevaban a la ordeña para succionar la leche del desayuno familiar, me dejaban en el suelo junto a una paila que rellenaban con el apoyo de la primera vaca, más pan remojado en este líquido provisto por las consortes del toro, luego de terminada esta labor ellos desayunaban en una mesa enorme mientras yo me quedaba arriba de una zaranda donde secaban los quesos, posteriormente me trasladaban a la huerta donde se debían recolectar las verduras para el almuerzo; la abuelita Ana Delia ordenaba traer habas y arvejas para un mote, lechugas, además de nabo, repollo, zanahorias para la cazuela y ensaladas, puesto que el postre diario eran 20 minutos de permiso arriba de los cerezos corazón de paloma, el único que quedaba abajo era Lorenzo con su fuente de frutas porque una vez voló hacia la punta de una rama y hubo que bajarlo con una enorme vara, luego de fallar repetidamente los tiros al blanco que practicaron hacia mi humanidad sin cumplir su objetivo “gracias a Dios”; después se debía ir en busca de los caballos para

ensillarlos y partir a la montaña, donde yo era el señuelo que utilizaban para atraer a alguna bandada de parientes; lo peculiar del trato recibido en esta instancia era atemorizarme apretando mi cuello, agregando la frase - ¡te voy a matar! – y la opción dos era tirar mis plumas de la cola, ante lo cual temía quedarme sin timón para los virajes que acostumbramos en nuestros desplazamientos hacia la libertad que esperaba recuperar algún día. En ambos casos mi cotorreo era escandaloso pidiendo ayuda a mis pares, lamentablemente siempre llegó alguna bandada que volaba cerca del follaje donde se escondían los malandrines, quienes provistos de cañas golpeaban sutilmente a mis parientes en las alas para que no puedan arrancar y ser apresados por los otros bandidos, que esperaban debajo de los árboles provistos de bolsas para cargar su botín. La cacería permitía reunir varios ejemplares de choroy, que siempre intentaron capturar vivos, puesto que el popular Chechín los vendía en Coyhaique, haciendo dedo con un canasto repleto de comida y aves silvestres, el importe de la transacción comercial permitía que regresara cargado de frutas y golosinas para los juegos infanto-juveniles.

Un día en la tarde mientras jugaban una pichanga de futbol los mozuelos, se produce una discusión y posterior pelea que obliga a suspender el encuentro, todos se van enojados a sus casas sin percatarse que yo había quedado arriba de un árbol esperando por la llegada de mi amo o los parientes; como la tarde dio inicio al ocaso salté desde una rama aleteando con toda mi capacidad para no impactar muy fuerte en el suelo, lamentablemente me perdí en la oscuridad de la noche, hasta que quedé sumido en el barro de un gran charco que ocupaban los cerdos para revolcarse en los días de calor, mis patas se fueron enterrando cada

vez más, hasta que al borde de la rendición decidí utilizar la fuerza de mis alas para salir, pero no sabía dónde estaba ni cómo protegerme y por supuesto me perdí en la inmensidad de la tiniebla. Don Demetrio que pudo ser mi salvación, tampoco se dio por aludido, puesto que a veces pernoctaba en la cocina del hogar donde vivía la familia Bahamondez Loayza.

La búsqueda resultó infructuosa durante varios días, todas las personas que vivían en el predio salieron a rastrear a Lorenzo, uno por uno se revisaron los árboles circundantes, el arroyo se recorría a favor y en contra de la corriente, los galpones, los corrales, las viviendas, las huertas, nada quedó sin examinarse. Don Demetrio que era un ermitaño, salió de su escondite donde vivía y también se unió a la misión, todos los niños masticaban su tristeza de sol a sol, ninguno viajaba hacia la montaña, en las ordeñas tampoco se jugaba al pistolero apuntando desde alguna ubre para disparar chorros de leche a los adversarios que competían por quién llenaba primero su balde de 5 litros, la amargura comenzó a apoderarse del grupo, porque se dieron cuenta estos jóvenes que este tierna ave silvestre a la que llamaban Lorenzo también era parte de la familia; juraban desde la madrugada hasta el crepúsculo que nunca más maltratarían a su loro.

Cuando se habían perdido las esperanzas y se desplazaban con unos fardos de pasto, para ayudar al abuelo en las labores de alimentación a los potros reproductores del predio, Tito mira hacia el horizonte siempre con la esperanza de encontrar a su mascota, entre los tréboles al final de una pradera observa un bulto cubierto de barro que desplazaba, pero ninguno de sus acompañantes fue capaz

de divisar, razón por la que asume solo este posible espejismo y grita desesperado

- ¡ Looooorenzooooo! - se escucha fuerte en la pampa
- Hoooolaaaa – recibe como respuesta casi gutural esta masa de barro con patas.

A pesar que la voz solo la escucha el amo, este corre hacia él, lo abraza y acaricia a pesar del lodo que cubría su plumaje, grita emocionado de alegría prometiendo luego a sus amigos que nunca más lo abandonaría, ni tampoco dejará que duerma con su amigo Demetrio.

Este loro nunca más fue la mascota que apañaba en todo, lamentablemente no podía expresar su percepción de sufrimiento acumulada, sobre todo durante los días vividos fuera de su hogar con las personas que “lo cuidaban”, sus sueños silentes de aparearse, construir un nido para luego poder alimentar a sus crías, así como elevarse hasta el límite de la libertad eran casi imposibles de cumplir; el cautiverio vivido fue parte de una armonía solo circunstancial, con un apego parcial en la relación con las personas; en esta reciprocidad de emociones donde las palabras importan muy poco, menos aún se puede hablar de sentimientos nobles entre el amo y su animal, las cuales solo tendrán sentido aquel día que Lorenzo pueda volver a volar.